

■ SERIES DISCOGRÁFICAS (2)

JAZZ IN PARIS

EN CUARENTA Y NUEVE MONUMENTOS

EN BLANCO Y NEGRO

■ Por **Carlos Sampayo**

LA MÚSICA QUE REFLEJA LA COLECCIÓN DADA A CONOCER POR UNIVERSAL CON UN SELLO UNIFICADOR, GITANES, EN HOMENAJE A DJANGO Y A LOS CÉLEBRES CIGARRILLOS DE JEAN GABIN, EN *TOUCHEZ PAS AU GRISBI* Y *LA GRAN ILUSIÓN*, DE CUYA COMISURA CUELGAN COMO DE LA DE NADIE, EJEMPLO DE DESDÉN Y TERNURA.

LA COLECCIÓN, CUARENTA Y NUEVE TÍTULOS, NO PODÍA ESTAR PRESENTADA DE OTRO MODO QUE CON FOTOS DE PARÍS, EN BLANCO Y NEGRO, CON UN AIRE MAGNUM QUE NADIE MENCIONA PERO QUE NO PUEDE OCULTARSE. SON PEQUEÑAS JOYAS TÁCTILES Y LA SOLA CONTEMPLACIÓN DEL APARATO VISUAL QUE LAS ARROPA, HACE QUE LA INSIDIOSA INQUIETUD DEL DÍA A DÍA SE VUELVA SUEÑO DESEADO.

Jazz IN PARIS

EN CUARENTA
Y NUEVE
MONUMENTOS EN
BLANCO Y NEGRO

La encomiable propensión parisina a absorber todo lo bueno que da el mundo y darle carta de ciudadanía no perdió la oportunidad con el jazz. Desde un principio, la atracción fue mutua, distintiva y enriquecedora en ambas direcciones. Músicos estadounidenses que se enamoraron de París y se afincaron allí, o que volvieron cada vez que podían. Músicos franceses —no sólo de París— que asimilaron y aportaron sus ideas. Lo cierto es que la *ville* fue receptora de un fenómeno de extraordinaria fertilidad y, porque lo retuvo con entendimiento, hoy podemos hablar de jazz de París, no como un estilo sino como una parte de la historia de una ciudad en el siglo XX, que puede contarse a través de la música, de esa forma que asume, que es el jazz.

La música grabada es sombra de las historias verdaderas, pero también es reflejo, fiel o deformante como en los espejos de las ferias. Se agigantan y empuñan figuras que tienen una dimensión ganada en lejanía. París cobija el mito más que ninguna otra ciudad. Es móvil como su fiesta, la que quiso recrear Ernest Hemingway, la de cualquiera de nosotros que haya tenido el privilegio de pisar esas piedras civilizadas u organizar los pensamientos a través de la idea urbanística de Eugène Haussmann, que pretende conducir a la razón pura a través de un argumento facilitado por el entorno. Espacio preciso que da lugar a que la explosión artística sienta, la mayoría de las veces ilusoriamente, que puede romper con él.

Allí cayeron en los años treinta tipos como Benny Carter y Coleman Hawkins, dejando para siempre el sedimento de su fuerza moral y la propulsión de su energía. Allí llegó del remoto Chaco Oscar Alemán y se encontró con que Django Reinhardt, el héroe local, un gitano nacido en Bélgica (país víctima de agudezas) tocaba como él estaba soñando que debía tocarse; pero no se desmayó como el personaje de Woody Allen en *Acordes y desacuerdos*. En los años treinta, los músicos negros estadounidenses, ninguneados en su país porque el *New Deal* no les concernía, pudieron sentirse en París lo que eran: señores, artistas. Y, así, dieron a la ciudad la ilusión de que nunca sería quebrada; porque el jazz es una idea y, en tanto tal, es monolítico, tiene garantizada su persistencia frente al ataque del enemigo. Pero París cayó bajo las botas infames, el asesino violó la cavidad del Arco de Triunfo y sus trompetas tocaron a rebato. ¿Adónde se escondieron los negros? ¿Y el gitano Django; qué fue de él durante la ocupación? Se camufló detrás de la guitarra, o Jünger se apiadó y ordenó respetarle la vida aunque en realidad pensara en los sonidos, en una naturaleza que no mata más allá de sus propias necesidades. Oscar Alemán, negro y sudaca, había puesto los pies en polvorosa y en la frontera franco-española la Gestapo le confiscó dos peligrosas armas: sus guitarras National, joyas conseguidas gracias a la influencia y generosidad de Josephine Baker. París no ardió, ¿cómo podría? En sus sótanos siguió sonando esa música degenerada, de inferiores, el “swing americano” que se lograba gracias al *pizzicato* en el contrabajo, prohibido por Goebbels, que no veía mejor modo de perder el tiempo que joder contrabajos y promover arcos. Pero llegó la paz con sus noticias aterradoras, cuentos y recuentos. Y Europa se llenó de americanos y, también, de su música. El mejor lugar, París. Seguía siendo la más bella gran ciudad y los músicos son sensibles a la armonía de las cosas y al gran cobijo de las noches animadas. Y, entonces sí, empezó una historia del jazz paralela a la de algunas ciudades de Estados Unidos, orgullosa de sí misma, congruente y obstinada. Empezó el *Jazz in Paris* propiamente

entendido, la música que refleja la colección dada a conocer por Universal con un sello unificador, Gitanes, homenaje a Django y a los célebres cigarrillos de Jean Gabin, en *Touchez pas au Grisbi* y *La gran ilusión*, de cuya comisura cuelgan como de la de nadie, ejemplo de desdén y ternura, y todo sin pestañear

La colección, cuarenta y nueve títulos, no podía estar presentada de otro modo que con fotos de París, en blanco y negro, con un aire Magnum que nadie menciona pero que no puede ocultarse. Comienza por ser una galería de evocaciones a través de las imágenes. No habiendo estado allí entonces, podemos entrar a través de las representaciones, acompañándolas con una música que, finalmente, prescindirá de ellas dando lugar a otras, menos precisas, materia de ensoñaciones. Del noble Django a la patética figura de Chet Baker, cuarenta y cinco años de historia grabada.

Detrás de las imágenes, o coronándolas, hay nombres conspicuos del jazz francés, como Claude Luter, Henri Salvador, Bobby Jaspar (belga de nacimiento), Claude Bolling, Pierre Michelot, René Thomas (otro belga), Henry Renaud, Guy Lafitte, Stephane Grappelli, Eddie Louiss, André Hodeir, Jean-Luc Ponty, Bernard Peiffer y, por supuesto, Barney Wilen. Ellos dan forma a una legión extraordinariamente rica en matices y variada en estilos, pero mancomunada en calidad y entusiasmo. Entre sus discos están (se me perdonará la arbitrariedad) algunos de mis preferidos absolutos, extraídos de entre los cuarenta y nueve títulos con cuidado de no ofender a los otros y, en consecuencia, evitar el castigo de su silencio: *Swing from Paris* de Django Reinhardt (159 853-2), una extraordinaria selección del QHCF desde 1935 hasta 1939. *The Real Cat* de René Thomas (549 400-2). *Kenny Clarke's Sextet Plays André Hodeir* (834 542 -2) una oportunidad única de penetrar en el pensamiento musical de Hodeir, una persona que ayudó a conocer el jazz más allá de la excitación inmediata. Y *Round About a Bass* (832 309-2) de Pierre Michelot, un capricho del gran contrabajista, que en 1963 armó una big band perfecta alrededor de su contrabajo; éste es, además, un disco excepcionalmente bien grabado para la época.

¿Pueden colocarse los discos de Sidney Bechet bajo el rótulo de jazz parisino? En cierto sentido, estas sesiones de 1949 y 1950, sí; el clima de pertenencia de la orquesta que arroja al pionero es tal, que la apropiación de su sonido se ve como inevitable. Su devoto Claude Luter está allí para dar fervor a esa mutua conquista: París de Bechet, Bechet de París; el disco se titula *Sidney Bechet/Claude Luter et ses Lorientais* (159 821-2). Otros adoptados por París fueron Jimmy Archey y Albert Nicholas; el primero quizá fuera un músico poco significativo, pero Nicholas —un *creole* de la primera época— transportaba toda la memoria de las fuentes y era, como Bechet, memoria viva del jazz. De ellos dos hay una preciosa recopilación con músicos franceses de primera línea: *Classic Jazz at Saint-Germain-des-Prés* (013 045-2).

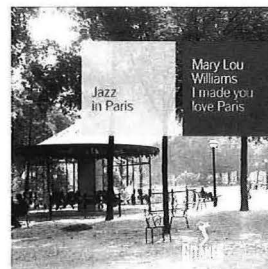
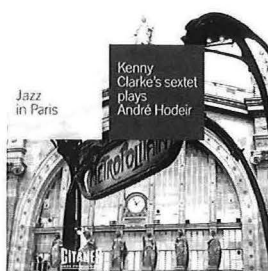
La lista de los estadounidenses que visitaron los estudios de París es turbadora. Esta colección es lo suficientemente exhaustiva en cuanto a la calidad de dichas damas y caballeros. Un resumen desata los reflejos de Pavlov: Lionel Hampton, Art Blakey, Lucky Thompson, Earl Hines, Oscar Peterson, Rhoda Scott, Zoot Sims, Sonny Criss, Mary Lou Williams, Slide Hampton, Donald Byrd, Louis Armstrong, Dizzy Gillespie, Chet Baker y, recordémoslos como parisinos de ley, Bill Coleman y Don Byas.



Hampton anduvo de gira en los cincuenta, sesenta y setenta y en la colección hay tres testimonios, pero quizá el más bello sea uno de los volúmenes de la visita de 1955, *Lionel Hampton and his French New Sounds Vol. 2* (549 406-2). Lo de Art Blakey –una jam session que mancomuna a Barney Wilen con Wayne Shorter– es cordialmente repetitivo, como lo de Oscar Peterson con Stéphane Grappelli, pero Earl Hines no defrauda a sus incondicionales: *Paris One Night Stand* (548 207 2) es refugio de magníficas ideas volcadas en el piano, esencias de un jazz despojado de tonterías, impresionante en su claridad. Otro tanto puede decirse de la música registrada por Mary Lou Williams en 1954, en quinteto y trío: la gran dama recrea nuestros oídos con aparentes ingenuidades cargadas de sabiduría; los caminos que abrió esta artista excepcional –y sus solos en estas sesiones son ejemplo– aún están siendo recorridos por otros jazzistas; su disco, uno de los mejores de toda la colección, se titula *I Made You Love Paris* (013 141-2) y quien no sienta siquiera curiosidad “porque esa es música de otra época y yo soy moderno, año 2001 de pies a cabeza” está cometiendo barbarie de ignorancia, como diría Steiner sin sentenciar. Otro asunto serio es el que concierne a Don Byas (se cuenta que cuando murió, un Ben Webster acongojado le dijo a Lucky Thompson “Y ahora, ¿qué será de nosotros?”); bajo el título de *Laura* (013 027-2) se recogen las famosas grabaciones de París de 1950, 1951 y 1952. Aquí el arte de la balada en saxo tenor (o en cualquier instrumento) alcanza su momento más alto, su perfección emocional; la música de Byas puede tocarse.

El no hacer resumen de los otros sólo se debe a la necesidad de condensar. Si yo fuera yo mismo, pero sin la prudencia que indican una economía y una cultura que excluyen este tipo de placer (porque es poco televisivo, escasamente rentable, nada competitivo, más melancólico que seductor), me armaría de paciencia y coraje y, poniendo los billetes sobre el mostrador de la tienda, me compraría *ipso facto* los cuarenta y nueve *cedés*. Son pequeñas joyas táctiles y la sola contemplación del aparato visual que las arropa, hace que la insidiosa inquietud del día a día se vuelva sueño deseado. Ver París en blanco y negro con los ojos de Gabin, o de Jacques Becker, o de Camus; ver a Juliette Gréco caminando por unas calles cuyas imágenes se guardan en los archivos de Magnum, escuchar los trinos de estos instrumentos que, a fuerza de vuelo, se han transformado en aves...Parker, que aquí no está, tenía razón.

De esta manera, esa propensión parisina de que hablaba al principio de este artículo, absorberá también todo lo bueno que podemos darle al mundo con la sensibilidad abierta a estas historias de músicos y fotógrafos, de personas que caminaron por allí, amaron, se aburrían y se exaltaron. Se nos dará quizá esa carta de ciudadanía que París tiene a nuestra disposición.



TÍTULOS

The Best Live Concert Vol. 1 & 2 (Louis Armstrong);
Byrd in Paris, Parisian Thoroughfare (Donald Byrd);
Broken Wing (Chet Baker);
Club Sessions (Buck Clayton/Peanuts Holland/Charlie Singleton);
The Giant (Dizzy Gillespie);
From Boogie to Funk (Bill Coleman);
Exodus (Slide Hampton);
Django et compagnie, Swing from Paris, Swing 39 (Django Reinhardt);
I Made You Love Paris (Mary Lou Williams);
Guitar Conceptions (Elek Bacsik);
The Real Cat (René Thomas);
Blues pour flirter (Toots Thielemans);
Jazz de chambre (Buddy Banks/Bobby Jaspar);
Chanteurs, chanteuses Vol. 1 (Les Blue Stars/Henri Salvador);
Chanteurs, chanteuses Vol. 2 (Harold Nicholas/June Richmond/Andy Bey);
Laura (Don Byas);
Sidney Bechet et Claude Luter (S.Bechet/C.Luter);
Mr Blues pour flirter (Sonny Criss);
Blue and Sentimental (Guy Lafitte);
Zoot Sims et Henri Renaud (Z.Sims/H. Renaud);
Jazz sur Seine (Barney Wilen);
Modern Jazz au Club St-Germain (Bobby Jaspar);
Modern Jazz Group (Lucky Thompson);
Round about a Bass (Pierre Michelot);
Stéphane Grappelli Quartet Vol. 1 & 2 (Oscar Peterson/Stéphane Grappelli);
Improvisation (Stéphane Grappelli);
Paris Jazz Piano (Michel Legrand);
Plays the Original Piano Greats (Claude Bolling);
Rhoda Scott + Kenny Clarke (R. Scott/K.Clarke);
Bohemia after Dark (Eddy Louiss);
Aux Trois Mailletz (Memphis Slim/Willie Dixon);
Paris Blues (Sammy Price/Lucky Thompson);
Paris One Night Stand (Earl Hines);
Plays André Hodeir (Kenny Clarke's Sextet);
Paris Jam Session (Art Blakey);
Porgy et Bess (Eddy Louiss & Ivan Julien);
Jazz Long Playing (Jean-Luc Ponty);
And His French New Sound Vol. 1 & 2, Ring dem vibes (Lionel Hampton);
Classic Jazz at Saint-Germain-des Prés (Albert Nicholas/Jimmy Archey);
Modern Jazz at Saint-Germain-des-Prés (Bernard Peiffer/Bernard Zacharias);
Jazz et Cinéma Vol. 1 (Barney Wilen/Alain Goraguer);
Jazz et Cinéma Vol. 2 (JATP/Art Blakey/George Arvanitas).